

SOLSTICIO DE INVIERNO

EL GRAN
TEMBLOR
III



SCARLETT THOMAS

Effie Truelove y sus amigos de la escuela deberán poner a prueba sus habilidades mágicas para derrotar a Los Diberi, organización corrupta y depravada que tiene planeado un golpe siniestro para el solsticio de invierno.

Durante una visita al Altermundo, arrestan a Effie, acusada de ser un galloglass, un isleño peligroso y egoísta. Mientras tanto, Lexy recibe amenazas del vil profesor Júpiter Peacock y Wolf se embarca en un peligroso viaje para encontrar a su hermana desaparecida.

De vuelta a la escuela, el gato Neptuno está aburrido. Está acostumbrado a hablar con los otros gatos callejeros, pero todos han desaparecido misteriosamente. ¿Dónde están, cómo los encontrará? ¿Conseguirán reunirse Effie y sus amigos antes de que su universo deje de existir?

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Agradecimientos

Sobre la autora

A mi familia

El efecto de la aventura del héroe cuando ha triunfado es desencadenar y liberar de nuevo el fluir de la vida en el cuerpo del mundo.

JOSEPH CAMPBELL

Nadie aprende a nadar si no se arriesga en aguas profundas. Ningún pájaro puede volar a menos que sus alas hayan crecido lo suficiente, y tenga espacio para moverlas y valor para lanzarse al aire.

H. P. BLAVATSKY

Y el botánico que descubre que la manzana cae porque tiene tejido celular, etc., tendrá la misma razón y la misma sinrazón que el niño que está debajo del árbol y que dice que ha caído porque él quería comérsela.

LEV TOLSTÓI

1

El anciano director del Colegio Tusitala para Dotados, Problemáticos y Raros suspiró y entró caminando con rigidez en la sala de profesores. Su oscuro despacho, del que apenas salía, desprendía un reconfortante olor a libros, tapices, buen vino y puros. La sala de profesores, sin embargo, era un miasma desagradable de fiambreras olvidadas, café barato, tinta roja, un perfume que evocaba tragedias y todos los aromas inconfundibles de las antiguas mascotas de clase que se habían dado a la fuga.

A esas alturas, ya había un surtido bastante amplio de pequeños mamíferos y aves que, tras perder el control un instante, habían mordido a algún niño (aunque nunca con consecuencias muy graves) o se habían comido a sus propias crías (aunque rara vez en público) y que, por lo tanto, habían abandonado oficialmente la escuela.

–Esconded las cobayas –susurró alguien–. Y tapad a *Petrov*.

La profesora Beathag Hide (propietaria del perfume trágico) lanzó la capa de un disfraz de vampiro sobre la jaula que contenía el loro del que en teoría se habían deshecho por insultar al inspector de enseñanza. El doctor Cloudburst y el señor Peters empezaron a meter las jaulas de las cobayas en el armario de objetos perdidos. Por suerte, el anciano director avanzaba con lentitud suficiente para que les diera tiempo de sobra.

Neptuno, el gato del colegio, se desenroscó en su cojín lleno de pelo y se marchó airadamente hacia el arma-

rio, con la esperanza de que lo encerraran junto a las cobayas. Tenía bastante maña a la hora de abrir sus jaulas. El señor Peters lo zapeó para que saliera al pasillo principal. Al menos *Neptuno* no tenía que seguir escondiéndose. Su última fechoría ya había caído en el olvido, así que recientemente había vuelto a aparecer en el folleto informativo del colegio y en el boletín de noticias anual. A los padres les gustaban los gatos.

Ese día, no obstante, al director le eran del todo indiferentes las mascotas y sus pasados innobles.

–Ha llegado la hora –anunció despacio, cuando por fin llegó al centro de la sala– de ultimar nuestro programa para la Feria de Invierno.

Todos refunfuñaron. No era que a la gente no le gustara la Feria de Invierno de Ciudad Antigua. Sí que le gustaba, pero las cosas siempre salían mal durante las ferias, los mercadillos benéficos y las jornadas de puertas abiertas. Era mucho mejor, en opinión de los profesores, tenerlo todo bien estructurado y no salirse del guión: meter a los niños en clase, cerrar las puertas e intentar enseñarles algo, por poco que fuera, antes de que acabara la jornada. Ése, pero en latín, era el lema del colegio, más o menos. O lo habría sido si a alguien se le hubiera ocurrido idear un lema alguna vez.

–Supongo que tenemos algo planeado, ¿no? –quiso saber el director.

–Vamos a enviar a cinco niños a la universidad –respondió la profesora Beathag Hide–. Algunos alumnos de primero manifestaron su deseo de aprender escritura creativa y, como sabe, hemos forjado vínculos con el nuevo escritor residente. Tengo entendido que organizarán talleres destinados a los alumnos afortunados. –Por la forma en que pronunció «alumnos afortunados», no dio la impresión de que fueran demasiado afortunados. Más bien lo contrario, en realidad.

La Universidad de Ciudad Antigua celebraba tradicionalmente su semana de puertas abiertas durante la Feria de Invierno. Había talleres para niños y conferencias abiertas al público para quienes no pudieran permitirse ir a la universidad y quisieran aprender cosas de forma gratuita. Los hermosos edificios antiguos de piedra de color mantequilla se adornaban, tan sólo durante esa semana, con globos de colores.

–Ah, sí –recordó el director–. Un tal Terrence Dark-Heart, ¿me equivoco? –Dedicó a la profesora Beathag Hide una mirada inquisitiva, o todo lo inquisitiva de lo que era capaz a su edad.

–Terrence Deer-Hart –lo corrigió la profesora Beathag Hide–. Sí. Un espantoso autor sensiblero de literatura infantil que ahora, al parecer, está trabajando en una epopeya horrenda para adultos.

–¿Y puede hacerme el favor de recordarme por qué le enviamos a nuestros alumnos? –preguntó el director con tono de cansancio.

–Los demás profesores del departamento son bastante interesantes. Ahora mismo cuentan con Dora Wright, cómo no. El nuevo director de escritura creativa es el profesor Gotthard Forestfloor, el novelista escandinavo del que hablamos la semana pasada, no sé si se acuerda. También está lady Tchainsaw, la poeta vanguardista rusa. El profesor visitante, Jupiter Peacock, también es una persona bastante curiosa; tal vez recuerde que afirma llevar siempre consigo, metido en un frasquito de cerámica tapado con un corcho, el espíritu del escritor antediluviano Hieronymus Moon. Seguro que los niños aprenden algo. Y sólo vamos a enviar a cinco. Los demás se quedarán aquí haciendo manualidades para la Feria de Invierno con los alumnos de la escuela de la señora Joyful.

–¿Y qué me dice del Colegio Beato Bartolo? –preguntó el doctor Cloudburst, con la mirada fija en una probeta que contenía algo reseco y negro pegado en el fondo. Se

parecía un poco a los restos de un té que se hubieran quedado olvidados hacía días en la sala de profesores, aunque era probable que se tratase de algo más peligroso—. Me imagino que allí no enviaremos a más niños, ¿verdad?

Daba la impresión de que nadie recordaba en qué consistía el convenio con el Colegio Beato Bartolo ni qué había ocurrido a los niños que lo habían visitado el año anterior. ¿Acaso habían vuelto? Tal vez no.

—Será divertido —afirmó el profesor Peters, jefe del Departamento de Educación Física—. A los niños les gusta divertirse un poco.

Todos lo miraron como si fuera un absoluto mentecato.

Pero tenía razón. A casi todos los niños les gustaba divertirse un poco, y si por diversión entendíamos ver a demonios despedazar a los malos, oír profecías sobre la muerte de sus mejores amigos, estar a punto de morir por quedarse sin energía mágica, tener que enfrentarse a sus peores miedos, luchar contra el mal y viajar a otros mundos de los que quizá jamás regresarían, entonces sí, algunos niños de ese colegio eran verdaderos expertos en divertirse.

—A todo el mundo le encanta la Feria de Invierno —puntualizó el doctor Cloudburst.

Era cierto. Durante la Feria de Invierno, de la noche a la mañana surgían por toda Ciudad Antigua numerosos puestos de castañas asadas, rosquillas fermentadas y mermelada de fruta silvestre. Cualquier tienda que se preciara montaba su propio tenderete. El Emporio Esotérico sacaba algunos de sus vinos reserva más polvorientos y de sus tarros de chucrut más antiguos para ponerlos a la venta al calor de los pequeños hornos, en los que cocían a fuego lento el pan de masa madre que luego venderían recién hecho. Madame Valentin mostraba sus exóticas serpientes, que en esta ocasión planeaban escapar de nuevo. El titiritero exponía sus mejores marionetas, muchas de las cuales daban demasiado miedo para que los niños meno-

res de diez años las miraran siquiera. Por suerte, también había nubes asadas y montones de adornos brillantes.

Lo más importante era que la Feria de Invierno hacía que la gente se olvidara del frío y la oscuridad, mientras el hemisferio norte avanzaba inexorable hacia el día más corto del año y las diversas celebraciones del solsticio de invierno que mantendrían a las personas contentas hasta fin de año, cuando sobrevendría de nuevo la depresión colectiva, como siempre ocurría. Era casi como si nuestro mundo, o al menos esta parte, dado que el resto celebraría el solsticio de verano, se hiciera un poco más parecido al Altermundo, aunque sólo fuera de forma temporal. Pero, claro, la mayoría de la gente no creía en el Altermundo.

Alexa Bottle cerró la puerta de la Bollería de la señora Bottle y se dispuso a recorrer a pie los casi cien metros que había hasta la casa en la que vivía con sus padres. Llegaba un poco tarde, algo raro en ella, porque solía llegar muy tarde. No era culpa suya; el trabajo después de las clases, elaborando remedios mágicos, la absorbía por completo y nunca se acordaba de mirar la hora. Además, también se estaba preparando para varios exámenes de sus estudios M e intentando recordar las diferencias entre todos los antiguos sistemas de pesos y medidas de los boticarios. Antes del lunes, Lexy tenía que aprender cuántos granos contenía un escrúpulo y cuántos escrúpulos hacían una dracma. ¿Cuántos minims había en un escrúpulo fluido? Veinte. Al menos se acordaba de eso. Puede que, por una vez, el doctor Green llegara incluso a sentirse satisfecho de ella.

Todavía llevaba puesto el uniforme del colegio, pero en menos de diez minutos debía lucir su mejor vestido para la cena con el importante invitado de los Bottle. ¿Cómo se llamaba? Jupiter no sé qué. Era un escritor y filósofo famoso que había venido a la ciudad para dar una conferen-

cia abierta al público en la universidad, como parte del programa de la Feria de Invierno. La familia de Lexy había ganado un sorteo cuyo premio consistía en hospedar a su propia figura visitante, y a ellos les había tocado un tal Jupiter Comosellame.

Hazel, la madre de Lexy, se estaba tomando muy en serio sus responsabilidades como anfitriona. Durante demasiado tiempo, según dijo, no la habían considerado más que como la esposa *hippy* y chiflada del profesor de yoga, toda paz y amor. Por mucho que lo intentase, Hazel nunca había acabado de parecerse a las madres normales. Nunca había organizado ninguna cena con buenos resultados (la última había incluido potaje de alubias y cánticos en grupo). Nunca acertaba con la ropa. Llevaba pelos de loca. Iba descalza en verano y en invierno a veces se ponía unos esquíes hechos por ella misma para ir de compras. Olía a pachulí y a infusiones de hierbas. No había planchado una sábana en su vida.

Hasta esa semana. Esa semana Hazel Bottle había declarado que su invitado dormiría en sábanas limpias y planchadas, y que por la mañana encontraría sus tostadas servidas en una de esas pequeñas rejillas metálicas. Todo iba a ser normal, igual que en las casas de los demás. Y Lexy no pensaba estropearlo todo por llegar tarde, dejar que alguno de sus remedios prendiera fuego o hacer que la casa entera oliera a clavo quemado y a ungüento escabioso, sino que iba a ordenar su cuarto y a quitar todas sus plantas medicinales de los alféizares de las ventanas de la casa, y también se aseguraría de que el nuevo gatito, *Botones*, no hiciera nada que los pusiera en evidencia...

La mente de Lexy regresó a las tres dracmas de nenúfar en polvo que había en el tarro que llevaba dentro de su mochila del colegio. *El herbario de Culpepper*, un libro que estaba estudiando para otro examen, afirmaba que la planta «refresca e hidrata, igual que la propia luna». Lexy pensaba emplear el nenúfar para crear un nuevo remedio

para las lesiones deportivas y las heridas de batalla. Sus amigos Effie Truelove y Wolf Reed siempre necesitaban cosas así. Lexy también había prometido a su amigo Maximilian que le prepararía unas gotas mágicas para el oído que mejorarían la calidad del sonido de la música. Y Raven le había pedido un bálsamo mágico para las pezuñas de sus caballos. Iba a ser un fin de semana movido.

Lexy abrió la puerta de su casa y descubrió que todo olía a la cera de abeja que usaban los Bottle las contadas ocasiones en que alguien decidía sacar un poco de brillo a los muebles. Había algo en los fogones, y no era potaje de alubias. En el aire flotaba otro olor. Era algo así como té Earl Grey mezclado con lavanda, limón y... *Botones* corrió a saludar a Lexy, y lo hizo agarrándose con las uñas a las medias del uniforme y trepándole por la espalda hasta posarse en su hombro.

—¿Y quién es esta encantadora jovencita? —preguntó una voz grave y desconocida mientras Lexy entraba en el espacio principal de la casa, una cocina abierta con comedor y sala de estar que parecía muchísimo más limpia y ordenada que de costumbre.

—Te presento al profesor Jupiter Peacock —anunció Hazel, al tiempo que le quitaba a Lexy el gato del hombro; luego le cogió el abrigo y la mochila para guardarlos en un armario donde no solían ponerlos. Por lo general, se limitaban a dejarlos colgados del pasamanos de la escalera junto al resto de las cosas que les daba pereza subir a la planta de arriba—. Profesor Peacock, ésta es mi hija Alexa.

El profesor Jupiter Peacock se puso de pie y le tendió la mano. Era un hombre alto y fornido, vestido con unos vaqueros color añil y una camisa negra de terciopelo, con un pañuelo amarillo de lunares alrededor del cuello. Llevaba el pelo re peinado con un extravagante estilo *pompador*, como el de los hombres que aparecían en las películas de los tiempos de Maricastaña. Parecía una de esas

personas que por lo general no se ponían vaqueros. El olor a Earl Grey era su loción para después del afeitado.

–*Enchanté* –la saludó él, cogiéndole la mano y guiñándole un ojo–. Llámame JP. Todos mis amigos me llaman JP.

–Y yo soy Lexy –dijo ella.

La mano de Jupiter Peacock estaba caliente y estrechó la de ella con mucha firmeza, mucha más de la que Lexy había experimentado en cualquier otro apretón de manos normal. Hizo una mueca de dolor y retiró la mano todo lo rápido que pudo, antes de que le rompiera un dedo. Después de aquello, tendría que tomarse un comprimido de árnica. O quizá incluso probar consigo misma su nuevo remedio, en cuanto estuviera listo.

–Tiene usted una hija encantadora –comentó Jupiter a Hazel Bottle.

Hazel se ruborizó. Por el momento, la visita iba como la seda. Al final de la Feria de Invierno, solicitaban a todas las figuras visitantes que puntuaran a sus anfitriones, y el que lograba la mayor puntuación se llevaba un ramo de flores, una caja de bombones y una inscripción con su nombre grabado en una placa de plata que colocaban en la pared del ayuntamiento. Y ese año iba a ganar Hazel Bottle, estaba convencida.

–Gracias –respondió ella.

Mientras Lexy subía las escaleras para cambiarse de ropa, se le empezó a formar un pequeño cardenal en la parte externa de la mano. Decidió que evitaría volver a estrechar la mano de Jupiter Peacock. Era obvio que no lo había hecho a propósito. No era más que una de esas personas que no eran conscientes de su propia fuerza.

Cuando Lexy bajó las escaleras cinco minutos más tarde, llevaba puesto su mejor vestido rosa tipo tutú y unas bailarinas a juego. Por alguna razón, daba la impresión de no ser el atuendo más acertado para pasar una velada con JP. Lexy deseó llevar ropa más de adulto, aunque no esta-

ba segura de por qué. Tal vez fuera porque le daba la sensación de que incluso sus propios padres estaban comportándose de un modo mucho más adulto. Su madre estaba empleando su voz más seria, es decir, un par de octavas por debajo de la normal, y el padre de Lexy, Marcel, lucía una camisa planchada. Una camisa de verdad, y no una camiseta arrugada de manga larga con algún mensaje «gracioso» relacionado con el yoga, como «Papá yogui», «El yoga es OMnipresente» o «Mens sana y más asanas».

Cuando Lexy llegó al final de las escaleras, oyó que su padre se reía como sólo lo hacía cuando estaba en compañía de otros adultos y acababa de decir algo que él encontraba muy gracioso.

–Eso será si alguno de nosotros sobrevive al solsticio de invierno, claro –dijo.

Jupiter Peacock se echó a reír también. Su risa era sonora y extraña, como el canto de un avetoro en pleno cortejo.

–No asustes a nuestro invitado –pidió Hazel Bottle a su marido.

–Uy, no me asusto con facilidad –repuso Jupiter Peacock–, pero he de confesar que me pone un tanto nervioso la idea de que el mundo se acabe y me pille en plena conferencia. Sería sin duda algo muy pero que muy desafortunado.

–El mundo nunca se acaba cuando la gente dice que se va a acabar –afirmó Marcel Bottle–. Yo no me inquietaría demasiado.

Así que también ellos estaban hablando de la profecía. Aquella tarde no había habido otro tema de conversación en la Bollería de la señora Bottle. Últimamente solían circular extrañas profecías, pero la mayoría de la gente no les hacía caso. Claro que la mayoría también pensaba que la magia no existía, y tampoco algo como el Altermundo. Las personas relacionadas con el mundo de la magia, por el